

Jesús Ferrero

LA POSESIÓN DE LA VIDA

 Siruela

Libros del Tiempo



# Índice

OBERTURA	11
I. LOS TRES ELEMENTOS	15
1. El subconsciente (y la conciencia animal)	17
2. La conciencia	24
3. La aconciencia	29
II. EL CÓDIGO PIGMALIÓN	41
1. El nombre	43
2. El moldeamiento y la impregnación	53
3. La imagen	71
4. El relato	79
III. EL CÓDIGO NARCISO	91
1. El autorretrato	93
2. El autorrelato	112
IV. EL CÓDIGO EROS	119
1. El nombre del ser amado	121

2. La imagen del ser amado	131
3. El relato del ser amado	139
4. La posesión imposible	147
<b>V. SORBIDOS POR SU PROPIA IMAGEN</b>	<b>151</b>
1. La muerte de Narciso	153
2. Narcisismo herido y suicidio	158
3. Narcisismo herido y anulación	163
<b>VI. SALIDAS DEL LABERINTO</b>	<b>173</b>
1. Quiebra y reconstrucción	175
2. Modificar el destino	183
3. Las tres edades	194
4. La ética de Pígalión y Narciso	198
5. La salvación personal	208
<b>EPÍLOGO (He andado muchos caminos)</b>	<b>213</b>

*A Hugo Castignani*

## **OBERTURA**

No llegamos al mundo como libros en blanco. Ni el más elemental viviente llega al mundo como papel immaculado.

Vemos la primera luz con los ojos de un cuerpo que será el nuestro, provisto de un código genético y un sistema nervioso sobre el que sí será posible escribir, y sobre el que escribirán, con mayor o menor pericia, con mayor o menor sensibilidad, con mayor o menor crueldad, los que ya estaban vivos antes que nosotros.

Digamos mejor que llegamos al mundo como un papel ya pautado sobre el que poder plasmar una melodía: la nuestra.

En esa melodía intervendrán los demás, sobre todo al comienzo, pero llegará un momento en que también nosotros mismos le iremos añadiendo frases a la música, siempre problemática y a menudo desigual, de nuestra estructura vital.

Hay mucha niebla cuando vemos la primera luz. Llegamos a un territorio de brumas acumuladas des-

de hace milenios y fórmulas coaguladas que a menudo ahogarán en nosotros todo indicio de verdadera identidad, obligándonos a vivir en el olvido de nuestro propio ser, y a menudo la ración de dolor será muy superior a la ración de placer. Y muchas veces esa excesiva dosis de sufrimiento va a depender más de cómo hemos ido configurando nuestro ser que de las situaciones explícitas que irán jalonando nuestros pasos por la vida.

Apenas cumplimos los tres años, ya estamos provistos de todas las herramientas que la cultura pone a nuestra disposición, si bien no siempre vamos a saber utilizarlas, y con frecuencia se volverán contra nosotros como escorpión que lanza el aguijón contra su propio organismo.

Muchos seres no llegan a ser, muchos vivientes jamás conquistan una vida digna y razonablemente feliz. La vida es un arte muy difícil, pero ¿qué arte no lo es?

Este libro trata de ese arte y de cómo modificar nuestro destino cuando por razones diversas, y a menudo sin querer, nos acercamos a abismos que ni siquiera imaginábamos. Para asimilar ese arte que tanto puede transformar nuestra existencia, que tanto puede iluminar nuestra vida, será necesario hacer un viaje por los códigos fundamentales del ser humano. Hay caminos que surgiendo de la niebla conducen a la niebla, y hay caminos que, surgiendo de esa misma niebla, van llegando a tierras donde la bruma no es tan densa y uno puede palpar, como se palpa un cuerpo amado, las dimensiones más habitables de la existencia.

I

**LOS TRES ELEMENTOS**

## **El subconsciente (y la conciencia animal)**

Amemos el seno hirviente de la vida con todas sus consecuencias, pero sepamos qué somos, cómo nos han hecho y cómo nos hacemos.

Amemos la existencia, pero no ignoremos sus abismos ni los elementos que la constituyen.

Amémonos a nosotros mismos y amemos a los otros, pero sepamos qué tejidos inestables conforman nuestra materia y las sustancias que se mezclan, funden y confunden con la nuestra.

Amemos nuestros sueños, pero no ignoremos el fluido volátil y resbaladizo del que están hechos.

Bebamos de la copa dorada de la dicha, y hasta de la copa amarga de la desgracia, pero examinemos en la medida de nuestras posibilidades el vino que las colma y el elixir, a veces salúfero, a veces venenoso, que se mezcla con el mosto, para que lo que parecía de una dulzura exquisita no se transforme en acidez desgarradora.

Para abordar nuestra propia vida y comprender cómo nos han hecho, es necesario examinar la herra-

mienta fundamental de nuestra construcción: la psique, deteniéndonos en primer lugar en su más profundo seno: el subconsciente.

¿Quién es? ¿Qué es? ¿De dónde viene? ¿Adónde va?

Él es el oscuro, el impenetrable, el que ignora su nombre, su destino, sus límites, sus planicies inabarcables, sus abismos. Él es el insaciable, el que no se detiene, el que no duerme, el que galopa de noche y de día. Él es el ubicuo, el resbaladizo, el omnipotente...

Se le atribuye a Freud el descubrimiento del subconsciente, pero, por más que nos asombre, el pensador que más cerca estuvo de la idea del subconsciente fue Platón, al hablar de una parte de la mente tan deseante como compulsiva, vinculada a la comida, la bebida, los placeres eróticos y la avaricia, que las muy variadas corrientes de la psicología, desde las más biológicas y empíricas a las más especulativas, relacionarían con las pulsiones: es decir, los comportamientos vinculados tanto a la supervivencia como a la muerte.

Acerca de lo que es el subconsciente en sí, no hay ahora mismo demasiado consenso. La psicología americana tiende a ver el subconsciente como una parte positiva de la psique, encargada de los comportamientos innatos y de todos los movimientos automáticos que hacen posible la vida diaria, y rechaza el carácter negativo y traidor que le dio Freud desde el principio al postular que el subconsciente es el dueño de nuestra vida. Casi todas nuestras acciones emanarían de él, desbaratando así los presuntos poderes de la voluntad y todas las explicaciones que la conciencia ofrece acerca de nuestras

acciones, que no serían más que una máscara destinada a conferirle a nuestro comportamiento una racionalidad de la que en el fondo carece.

Para las más importantes corrientes del psicoanálisis, el subconsciente sería el soberano de nuestra existencia. Estaríamos, pues, ante el rey del ángulo oscuro, que desde esa oscuridad gobernaría las estancias claras del alma, ocultándose bajo explicaciones racionales y siempre posteriores a sus zarpazos fulminantes e inmediatos. Dicho en otras palabras: antes de que actúen la razón, el entendimiento y la voluntad (que según el cristianismo clásico serían las tres potencias del alma), ya habría actuado el subconsciente, reduciendo todas las explicaciones lógicas a meros espejismos.

Desde esa perspectiva, la libertad humana quedaría seriamente en entredicho. La célebre sentencia de Sartre según la cual «estamos condenados a ser libres» se convertiría en otra mucho menos positiva que podría traducirse así: estamos condenados a no ser libres y a creer que lo somos gracias a las justificaciones mistificadoras del discurso lógico y racional.

En una de mis meditaciones, creí ver el subconsciente como un gigantesco rodillo compuesto por fractales en los que se iban almacenando millones y millones de imágenes en una especie de vertiginosa espiral que parecía seguir un orden, si bien enteramente aleatorio. Advierto que nunca le doy demasiada importancia a esta clase de visiones que siempre procuro ubicar en el apartado «Sueños de la razón».

Desde un punto de vista psicológico, más que físico,

se podría considerar el subconsciente como el territorio de lo no manifiesto, o que solo se manifiesta en forma de accidente, y conformaría nuestro enclave más antiguo, íntimo y perturbador, donde se iría acumulando la parte más inexpresable de nuestra existencia (y más determinante), y comenzaría a surgir antes que el lenguaje. A pesar de no pertenecer a la conciencia, subyacería a ella y sería su fundamento, impregnando con su radiación y su calor las fronteras inferiores de la razón. También sería una zona de semillas ocultas, que al desarrollarse irían formando la floración de la conciencia, de forma que buena parte del subconsciente se manifestaría a través de las creaciones de la conciencia, sin por eso abrir sus puertas de verdad, que serían las puertas de la oscuridad.

Esta vasta inconsciencia acumulativa que sería el subconsciente conformaría la raíz omitida de todo lo que hacemos y no hacemos; también sería la raíz del pensamiento, sin olvidar que al ser este la materialización de la conciencia, se opondría al subconsciente, lo negaría y lo ocultaría, como hijo que se avergüenza de su padre y al que le gustaría verlo muerto y a varios metros bajo tierra.

Esta parte de nuestro ser no conocería la muerte, y al no conocerla no la temería, y sería también la fuente real de la que emergen los sentimientos y las emociones, que nunca dejarían de ser pulsiones adornadas con los oropeles de la imaginación, que llevaría a cabo fastuosas construcciones líricas, ocultando el fundamento tenebroso en el que se asientan como catedrales erigidas sobre arenas movedizas.

A diferencia de la conciencia, que, al contrario de lo que creía William James, no es una corriente continua, el subconsciente no descansaría nunca, ni siquiera en el sueño. Resulta evidente que la conciencia desaparece en muchos momentos: en el sueño, en la borrachera, en la narcosis, y en todos los momentos en que nos olvidamos de nuestro propio ser. Y sería justamente cuando el ser se olvida de sí mismo cuando emergería de forma brutal el subconsciente y nos deslizaríamos hacia el horror, como le ocurrió al filósofo Louis Althusser cuando asesinó «inconscientemente» a su mujer.

Si hay en nuestro ser alguna continuidad, aparte de la física, sería la del subconsciente, padre oculto de todos los procesos físicos y mentales, y especialmente de los más inmediatos y pulsionales. Pero ¿es eso realmente el subconsciente?, cabe preguntarse, así como si la conciencia está tan sometida a él.

Y ahora llega la pregunta fundamental: ¿existe realmente esa dimensión de la mente tal como la ha definido el psicoanálisis? Si el subconsciente no tiene amo, ni identidad, ni tampoco es un arsenal de sentido, sino más bien todo lo contrario, ¿con qué autoridad podemos hablar de esa entelequia? Hasta este momento no he hecho más que traducir lo que se ha dicho del subconsciente desde las diferentes escuelas, y el lector habrá advertido que podríamos haber sustituido el concepto de *subconsciente* por el de *diablo*, *espíritu de las sombras*, *espíritu del mal*, *ánima de la oscuridad*, y todo hubiese cuadrado a la perfección, porque el subconsciente, más que una estancia del alma, puede parecer, un siglo

después de su presunto descubrimiento, una invención esotérica, una ficción. ¿No tendríamos que hablar en realidad de una especie de conciencias animal, cohibida y parcialmente sometida, que guarda en sus moradas todas las humillaciones infligidas por la cultura con un rencor de naturaleza bestial? La conciencia animal fue nuestra primera conciencia antes de que se superpusiera a ella la conciencia propiamente humana, de creación bastante reciente, pues el «hombre» tiene, como mucho, tres millones de años: un instante desde la perspectiva del tiempo profundo o tiempo geológico. Y esa conciencia animal no es diferente a la conciencia de un delfín, un lobo, un elefante o un chimpancé. Llegados a este punto, cabe preguntarse: ¿esa conciencia es tan oscura, tan impenetrable, tan traidora, tan diabólica, tan omnipotente como creen las escuelas psicológicas de Europa? En modo alguno. Esa conciencia es funcional, pragmática, económica, positiva en muchas de sus manifestaciones, y de una eficacia radical, si bien en algunos estados del cuerpo y del alma nos puede conducir al abismo más profundo de la más profunda irracionalidad. Obviamente, esa parte de nuestra alma es ajena a cualquier instancia moral. Dicho de otra manera: cuando nos ubicamos únicamente en ese grado de la mente, el puramente animal, no nos importa matar, como no les importa matar a los animales. Antes de acabar este capítulo, me apresuro a añadir que nuestra alma animal no siempre se opondría a la conciencia, si bien está por debajo de ella; justamente por eso hemos elegido para designar esa región de la mente el concepto *subconscien-*

*te* (por estar por debajo de la conciencia), en lugar del término lacaniano de *inconsciente*, que desde su misma negación latina (*in*) está indicando una negación explícita de la conciencia. Un subconsciente que, volvemos a decirlo, no dejaría nunca de ser una conciencia puramente animal, aplastada sin piedad por todas las normas de la cultura y la vida en sociedad, pero que, lejos de oponerse radicalmente a la conciencia, subyacería simplemente a ella, y lejos de buscar incesantemente la muerte, como creen los lacanianos, en ocasiones muy determinantes y definitivas sería el mayor y más certero aliado de la vida.